

Lagos, como todos los jefes formados en las campañas de Arauco, daba gran importancia a la astucia. En esa guerra los ataques eran sorprendivos de un lado y otro. No había medio de alcanzar tribus errantes sino por engaño. Siempre tendrá que suceder eso en la lucha de un ejército con masas irregulares, que mudan su campamento a voluntad, que aparecen tan pronto aquí como allí, que llevan todo en el lomo de sus veloces caballos: armas, hogar, familia.

Lagos, como la mayor parte de los jefes chilenos de esta época, se había formado en esa escuela.

Cuando fué nombrado jefe de la división sobre Arica, envió, como ya se sabe, una compañía del Buin, en guerrilla, hacia los fuertes del bajo para hacer creer a Bolognesi que pensaba atacarlo por allí, consiguiendo así debilitar los del alto que eran los que se proponía acometer.

*Estrategia de Lagos* Con el mismo fin el 6 en la tarde, cuando había despachado a Elmore en comisión ante Bolognesi, se corrió cautelosamente de noche del punto en que había permanecido todo el día, dejando encendidos los fuegos, y a los Cazadores a caballo, atizándolos, para que el jefe peruano se persuadiese que el ataque partiría del punto donde estaban las luces, que era el mismo que había tomado la compañía del Buin.

Lagos dispuso el ataque en esta forma. Un regimiento, sin nombrar cual, caería de sorpresa sobre el fuerte Este colocado a la izquierda del sitio en que estaba el campamento chileno; y otro sobre el fuerte Ciudadela, situado a la derecha en la cuchilla que conducía al Morro. Este cuerpo debía fraccionar su tropa dedicando uno de los batallones a apoderarse del fuerte mismo; el segundo a tomarse las zanjas y reductos sucesivos que cubrían el sendero que conducía al Morro. El tercer regimiento serviría de reserva, manteniéndose equidistante de los que marchaban al ataque. La caballería, que no tenía papel en un asalto de fortificaciones, quedaría a retaguardia cuidando los pasos por donde los peruanos podían retirarse o fugar.

¿Cuál era la disposición de espíritu de los sitiados? Los pobres sitiados no daban señales de vida en las horas que precedieron al terrible drama. Habían dejado entreabierta la puerta de las negociaciones y es posible que confiaran que al día siguiente se reanudasen. El Coronel Arias cuidaba el fuerte Ciudadela con el batallón Artesanos de Tacna; el Coronel Inclán el del Este con los Granaderos del Cuzco. Este cuerpo era más numeroso que aquel. Era natural que esa posición estuviese más resguardada que la otra, porque estaba en el camino del Morro. No se percibía ningún ruido. A lo más hubiera podido oírse el paso acompasado de los centinelas en la línea que precedía al Morro llamada del Cerro Gordo o en la entrada del formidable reducto.

*Junio 6: en la noche.  
Los chilenos en  
acecho* Durante la ausencia de Elmore los chilenos se habían trasladado a un punto situado a retaguardia de esos fuertes, caminando sin hablar, en el mayor silencio, cuidando cada cual de oprimir con la mano la cartuchera para no hacer ruido. Llegando a una distancia de las fortificaciones no mayor de kilómetro a kilómetro y medio se bifurcaron: un regimiento tomó hacia la derecha enfrentando el Ciudadela, otro hacia el fuerte del Este. Allí acamparon, con la alegre indiferencia de nuestros soldados en la víspera de la batalla. Los papeles se distribuyeron en la noche del 6. Estaba determinado que un regimiento desempeñaría este papel, aquel el otro, pero no se había dicho ni cual tomaría la delantera ni el que quedaba en la reserva. Y era un punto grave porque todos se disputaban el sitio del peligro. Lagos eliminó de la discusión a su querido Regimiento N<sup>o</sup> 4. Lo que quedaba por resolver era si el que atacaría junto con el N<sup>o</sup> 4 sería el N<sup>o</sup> 3 o el Buin. Para no ofender a ninguno, sacó una moneda del bolsillo y la lanzó al aire diciendo: ¿cara o cruz? La oficialidad del 3<sup>o</sup> dijo, cara; la del Buin, cruz. La suerte decidió en favor del primero. Correspondió al

3º marchar al ataque del Ciudadela, y al Buin quedar en la reserva esperando que la vanguardia, después de cumplida su misión, lo aguardase en los fuertes tomados, como era lo convenido, para avanzar juntos sobre el Morro.

Así permanecieron los cuerpos hasta la alborada del 7. En la media noche Lagos hizo que dos oficiales del Estado Mayor recorriesen ocultos el terreno que separaba los regimientos de sus objetivos para que llegando el momento les sirviesen de guías. Esos oficiales fueron los capitanes don Belisario Campos y don Enrique Munizaga.

Cuando la semiclaridad de las primeras luces matinales empezaba a disipar la neblina de la costa, cada regimiento salía de su campamento agazapado, tomando infinitas precauciones para no ser visto o sentido, guiado por aquellos oficiales, distribuido en compañías separadas entre sí por una distancia de cincuenta metros. Cada regimiento constaba de dos batallones. Las compañías delanteras del 3º eran las de los capitanes don Pedro A. Urzúa y don Leandro Fredes. El 1.er batallón del 4º lo mandaba el comandante don Juan José San Martín; el 2º, el comandante don Luis Solo Saldívar. El primer batallón del 3º, el coronel don Ricardo Castro; el segundo, el comandante don José Antonio Gutiérrez.

Sigamos el glorioso itinerario de cada cuerpo.

Los centinelas del Ciudadela sintieron rumor e hicieron fuego. La plaza se despertó con los disparos de rifle que dibujaban culebrinas de luz en el claro oscuro de la mañana. Cada cual corrió a su puesto.

*Junio 7. El Regimiento N.º 3 asalta al fuerte Ciudadela*

El Regimiento N.º 3, al verse descubierto, emprendió el asalto del fuerte de carrera, bajo una granizada de balas y llegando a las murallas de sacos, los atacó con sus yataganes y cuchillos. La arena se corría por los agujeros, los sacos más altos caían desplomados y los soldados saltando sobre ellos penetraban al recinto minado. El parte oficial del jefe del Regimiento N.º 3 deja constancia que el primero en escalar el Ciudadela y arriar el pabellón enemigo fué el subteniente don José Ignacio López. La avalancha humana penetró a ese recinto y el duelo de asaltantes y asaltados continuó a quema ropa dentro de de la estrecha plazoleta circundada con la arena de los sacos que habían sido vaciados.

¿Qué hacía Bolognesi? Bolognesi había creído que el enemigo iniciaría su ataque por los fuertes del bajo, engañado por la estratagema ya conocida y, como lo manifesté, en ese concepto había enviado el 6 en la tarde la división de Ugarte en resguardo de ellos. Esa división constaba de 600 hombres más o menos. Se componía de los batallones Tarapacá mandado por Zavala y del Iquique, por Sáenz Peña. Roto el fuego en el Ciudadela, Bolognesi dispuso que Ugarte volviese de prisa a los fuertes atacados subiendo un camino de arriería que comunicaba el Morro con el pueblo de Arica, pero como el avance de los chilenos era tan impetuoso y rápido no alcanzó a llegar al alto sino la mitad de la división, y la otra fué cortada por los atacantes, los que, dueños de la cima, barrían con sus fuegos el áspero sendero que seguían los peruanos. Los que alcanzaron a subir se juntaron con los fugitivos de los fuertes a la entrada del Morro.

Cuando los soldados del 3º penetraron al recinto del Ciudadela, el suelo crugió con dos formidables estallidos de dinamita que hicieron volar por el aire a una parte de los ocupantes y que levantaron una nube de piedras, de cabe-

zas, brazos, piernas que cubrió el aire. Un teniente del 3º don Ramón T. Arriagada, arrojado por la explosión hasta una altura de siete u ocho metros, cayó ileso, pero completamente desnudo y sordo, de lo cual no se curó jamás. Al subteniente del Nº 3 don José Miguel Poblete le desprendió la cabeza, dejando el tronco palpitante en el suelo. Muchas otras escenas horribles causó el traidor estallido. Pero la brecha de los sacos estaba abierta y por allí se precipitaban los asaltantes y al sentir el estampido de la dinamita y ver sus terribles efectos, se precipitaron como fieras bravías contra los defensores del recinto y los pasaron a cuchillo. El suelo se cubrió de sangre coagulada. En vano los jefes hacían tocar a los cornetas "¡cesar el fuego!" Nadie oía la voz de la clemencia. El Comandante Gutiérrez decía: Los jefes y oficiales estábamos roncos de gritar. Entre las víctimas figuraba el Coronel Arias. El fuerte estaba tomado.

Lo mismo ocurrió en el castillo del Este. Aquí se desarrolló una escena igual.

*El Regimiento Nº 4  
ataca el fuerte Este*

La marcha del Regimiento Nº 4 fué sentida y la guarnición que dirigía el Coronel Inclán rompió sus fuegos contra él.

La tropa chilena emprendió el asalto a la carrera, dejando muchos muertos y heridos. Llegada al pie de la trinchera rompió los sacos con los cuchillos y saltando sobre la muralla desplomada penetró a la fortaleza. La resistencia peruana fué aquí menor que en el Ciudadela. La guarnición también era menor. En minutos los asaltantes habían derrumbado los muros de arena y penetrado al recinto, que estaba vacío, porque los peruanos se retiraron a los reductos de Cerro Gordo que protegían la entrada del Morro. Inclán murió defendiendo su puesto.

Separémonos un instante del campo de batalla del alto y veamos qué ocurría en los castillos de la orilla dal mar. La principal defensa de ellos, que era la división de Ugarte, ya no estaba allí. Como lo he dicho, había sido llamada por Bolognesi en auxilio del Morro y aquellos fuertes no tenían sino su dotación de artilleros. Cuando el combate del alto estaba avanzado, llegó hasta ellos el Lautaro, desplegado en guerrillas, dirigido por el Coronel Barboza.

La guarnición peruana no intentó resistir o más bien su resistencia fué muy débil. Así lo dicen los partes oficiales de Barboza y del jefe del cuerpo, Comandante Robles, y lo atestigua el que el Regimiento no tuviera sino ocho heridos. El jefe peruano reventó los cañones con dinamita y la guarnición se puso en fuga hacia el pueblo donde quedó acorralada, junto con los soldados de la división de Ugarte que no pudieron subir al Morro. Los fuertes de la plaza, el Ciudadela y el Este estaban en poder de los chilenos. Faltaba el Morro y sus defensas de Cerro Gordo.

Quando los soldados del Regimiento Nº 4 tomaron posesión del recinto amurallado del fuerte Este, se oyó un grito, que no se sabe quien lo dió ni de dónde partió: *¡Al Morro, muchachos!* La tropa, olvidándose de la orden recibida que era esperar al Buin, se precipitó por el sendero fortificado que conducía a aquel punto, uniéndosele en el camino soldados del 3º que en esos momentos triunfaban de la resistencia del Ciudadela. El suelo estaba sembrado de minas automáticas y a medida que avanzaban los soldados cuidaban de saltar sobre los puntos en que se notaba que el suelo había sido removido por temor de pisar un fulminante. Así llegaron a las primeras trincheras colocadas en elevación, habiendo pasado bajo los fuegos la línea ondulada que las precedía,

en medio de una lluvia de balas, y ora con sus rifles, ora a la bayoneta las fueron forzando todas, una tras otra, y así caminando sobre cadáveres y heridos llegaron a las puertas del Morro, en cuya plazoleta ondeaba la bandera del Perú.

*Toma de la plazoleta del Morro*

En el espacio llano que coronaba el cerro estaban los sobrevivientes de las trincheras y castillos, la guarnición del Morro, y todas las grandes reputaciones de Arica: Bolognesi, Moore, Ugarte, Sáenz, Peña, Blondel. Los asaltantes invadieron el recinto en una carrera agitada y vertiginosa revueltos los oficiales con los soldados. El Comandante San Martín había sido herido de muerte en el trayecto de Cerro Gordo al Morro. El glorioso Regimiento iba mandado ahora por Solo Saldívar.

Al ver invadida la plazoleta del Morro, Bolognesi mandó suspender los fuegos. Comprendió que la resistencia era imposible, y debió decirse que su deber estaba cumplido. No quiero que esta aseveración, que ofende la leyenda peruana de la defensa de Arica, descanse en mi palabra. Lo dice oficialmente el comandante de las baterías, Coronel Espinosa, en el parte de la acción, dirigiendo al Jefe del Estado Mayor del Perú:

"Mientras tanto la tropa que tenía su rifle en estado de servicio seguía haciendo fuego en retirada, hasta que los enemigos invadieron el recinto (del Morro) haciendo descargas sobre los pocos que quedaban allí. En esta situación llegaron a la batería el señor coronel don Francisco Bolognesi, Jefe de la plaza; coronel don Alfonso Ugarte; US.; el teniente coronel don Roque Sáenz Peña que venía herido; sargento mayor don Armando Blondel, y otros que no recuerdo, y como era ya inútil toda resistencia ordenó el señor Comandante General que se suspendiesen los fuegos, lo que no pudiendo conseguirse de viva voz fué el señor Coronel Ugarte personalmente a ordenarlo a los que disparaban sus armas al otro lado del cuartel, en donde dicho jefe fué muerto. A la vez que tenían lugar estos acontecimientos las tropas enemigas disparaban sus armas sobre nosotros y encontrándonos reunidos los señores Coronel Bolognesi, capitán de navío Moore, Teniente Coronel Sáenz Peña, US., el que suscribe y algunos oficiales de esta batería, vinieron aquellos sobre nosotros y a pesar de haberse suspendido los fuegos por nuestra parte, nos hicieron descargas de las que resultaron muertos el señor Comandante General, coronel don Francisco Bolognesi y comandante de esta batería señor capitán de navío don Juan G. Moore, habiendo salvado los demás por la presencia de oficiales que nos hicieron prisioneros".

*La oficialidad del Manco abandona su buque sin combatir*

Cuando la bandera chilena se alzó en el Morro, el Comandante Sánchez Lagomarcino, capitán del *Manco*, abriendo las válvulas del monitor, lo hundió en el mar "con sus pabellones al asta", dice el despacho de ese jefe, mientras él y sus subordinados se presentaban como prisioneros de guerra a uno de los buques chilenos.

El hundimiento del *Manco* fué la señal para que huyesen en distintas direcciones las embarcaciones menores, que esperaban el desenlace del combate, con sus fuegos encendidos. Una de ellas, la lancha torpedo *Alianza*, se dirigió a toda máquina al norte costeano la playa, perseguida por uno de nuestros buques que no le dió alcance. Llegando cerca de Ilo se varó. En una caleta inmediata a ese lugar había un piquete de artillería mandado por el alférez don José Antonio Rioseco, quien salió en busca de los naufragos que eran ocho, y era tal el estado de desaliento de los marineros peruanos que se dejaron desarmar y tomar prisioneros por el oficial chileno solo o casi solo.

Muy pocos hechos más heroicos ofrece la historia americana que el asalto y toma de Arica.

*Heroísmo del asalto* No sólo la de Chile sino la de cualquier país del mundo podría enorgullecerse de ella. Reloj en mano, los regimientos tardaron 55 minutos desde que partieron agazapados de sus campamentos hasta que clavaron sus banderas victoriosas en el Morro. Se ha hecho la prueba de recorrer esa distancia al tranco del caballo y se ha empleado más tiempo que el que tardaron los chilenos en rendir todas las trincheras. El Buin, que esperaba el momento de entrar en acción, se vió defraudado en sus esperanzas porque la precipitación de la vanguardia le arrebató su parte de gloria.

Se ha imputado al ejército chileno una crueldad inhumana, haciéndola extensiva a los jefes, suponiendo que la matanza del fuerte Ciudadela y el de los jefes del Morro obedeció a una consigna u orden del día de no hacer prisioneros. Lo que allí ocurrió es imputable únicamente al carácter desordenado del ataque y a la excitación de la dinamita. Pero si esto tiene explicación, no la tiene para la historia imparcial el fusilamiento inhumano de algunos soldados peruanos acorralados en la plazoleta de la iglesia de Arica, pertenecientes a aquella tropa del Iquique y del Tarapacá que no alcanzó a subir al Morro y que se encerró en ese local. Nunca se ha sabido quien dió semejante orden o si los soldados procedieron por impulso propio, enfurecidos como estaban por el estallido de las minas.

Ha pasado ya suficientemente el tiempo apagador de las pasiones, para que tanto en el Perú como en Chile se rinda justo homenaje de admiración a vencedores y vencidos. Y así como el recuerdo de esta portentosa hazaña será siempre un timbre de orgullo para los chilenos, es una acción honrosa para los defensores de la plaza, que pelearon por dar al Perú una tradición y un ejemplo. Bolognesi, Moore, Ugarte, Blondel fueron los últimos defensores de su Patria en el departamento de Moquegua y lucharon en el último pedazo de tierra firme que les era permitido pisar.

En Chile la toma de Arica despertó un sentimiento de fuerte admiración. Pinto felicitó a Baquedano, diciéndole:

"Junio 8. Ha sido tomada a la chilena: de asalto y a la bayoneta".